

inteligencia entre el jefe de grupo y sus comandantes de artillería, tal debe ser la constante preocupación de una dirección racional impresa á las escuelas de tiro por años y años.

Será necesario hacer observar que para cañonear á la caballería enemiga es preciso primero dirigir el fuego contra la primera línea que avanza, y que para desbaratar á ésta en toda su extensión y no introducir dificultades inútiles en la regulación del tiro, debe cada batería dirigir sus disparos sobre la mitad que le incumbe. Es evidente, por lo demás, que más tarde habrá que concentrar los fuegos de las dos baterías sobre el extremo de la primera línea que se aproxime á la artillería.

Finalmente, no pudiendo obrar ya las baterías contra esa primera línea; luego que llega á chocar con la nuestra, siempre tendrán ocasión de cojer bajo su fuego á las reservas que vienen detras, ó llegado el caso, á los escuadrones que traten de reunirse.

El jefe de grupo deberá seguir la marcha del combate de caballería; con particularidad observará atentamente cuándo y cómo podrá lanzar á sus baterías hácia adelante, para poderlas hacer obrar con buen resultado sobre el flanco del enemigo, al llegar el momento de la persecución; y cuando la situación del combate le obligue á retirarse, se dedicará á que la caballería cubra la retirada.



PARTE QUINTA.

Conclusiones.

PRIMERA SECCIÓN.

GENERALIDADES.

No sin buenas razones hemos insistido varias veces, en el curso de estas consideraciones, sobre la grande importancia que damos á que se haga siempre un juicioso empleo de la artillería en la guerra. En efecto, es por demás natural que una arma cuyos resultados tácticos nunca saltan bien á la vista, corra con mucha facilidad el riesgo de perder en el interes general, y llegue á verse algun dia completamente abandonada. Nos importa, sin embargo, no ver disminuir el interes que la última guerra ha despertado con tanta justicia respecto de nosotros, para con las demás armas; por el contrario, debemos procurar mantenerlo y aumentarlo todavía más, si fuere posible.

Antiguamente, el comandante de la artillería no intervenía en el combate sino de una manera secreta, misteriosa por decirlo así; por fortuna, esta manera de proceder pertenece ya á la historia. Hoy, el comandante de un grupo divisionario, está dispensado de la malhadada obligación de ir á ofrecer sus servicios; se le ha restituido á su tropa, y recibe órdenes del general en jefe absolutamente como los comandantes de las otras armas. El general está en la obligación de explicarse con tanta claridad sobre el papel de la artillería,

como sobre el de la infantería y de la caballería; precisamente en esta obligacion es en lo que reconocemos el más feliz resultado alcanzado para un uso racional de nuestra arma. La artillería debe tener tambien *su direccion propia*; es menester que las órdenes le sean comunicadas como á las demas armas; y hacemos resaltar tanto más esta necesidad, cuanto que en ella vemos la mejor garantía contra cualquiera recaída en los errores de otros tiempos, en los que la artillería quedaba abandonada á sí sola, no siendo considerada mas que como arma auxiliar de la infantería.

No obstante, y á decir verdad, no hay realmente razones para esa distincion de las armas, en armas principales y armas auxiliares, puesto que cada una de ellas puede ser empleada tan pronto en una acepcion como en otra. Efectivamente, cuando una ú otra arma se hace notar especialmente en el combate, por un espacio de tiempo más ó ménos largo y debido á sus propiedades particulares, desempeña su papel; la artillería se muestra como uno de los miembros más importantes de ese conjunto y ocupa dignamente su puesto al lado de sus armas hermanas. La infantería, la caballería así como la artillería, son armas auxiliares en manos del general en jefe; éste es la cabeza que piensa en ese cuerpo, del que *diversas* armas forman los miembros.

En lo que precede, hemos insistido mucho porque la artillería esté siempre *mandada por sus jefes*, en que *el agrupamiento se conserve siempre de una manera rigurosa*, en que *todas las baterías de un mismo grupo entren al fuego, hasta donde sea posible, al mismo tiempo*. Hemos dado á esto mucha importancia, porque la última guerra ha demostrado perfectamente que no teníamos la costumbre de servirnos de esas formaciones en grandes unidades, y porque el uso de esos agrupamientos es tanto más indispensable é importante, cuanto más considerables sean las masas de artillería, que por consiguiente serán de más difícil direccion y vigilancia. Procuraremos familiarizarnos siempre, más y más, con esas formaciones cuya expresion encontramos en nuestros reglamentos; procuraremos asimilarlos su manejo de manera que, por decirlo así, los hagamos pasar á nuestra carne y á nuestros huesos; y las preocupaciones que todavía existen aquí y allí contra esas formaciones tácticas, es segu-

ro que desaparecerán. En lo futuro, en la direccion de la artillería, y particularmente en la direccion de su fuego, sabremos hacer mejor y mayor uso que la última campaña.

Las formaciones tan sencillas prescritas por nuestros reglamentos son mucho más favorables que las antiguas, para los cambios de lugar y para los rápidos despliegues de las grandes masas de artillería. Es absolutamente indispensable que la direccion puramente técnica de los fuegos quede todavía en manos de los comandantes de batería, como lo estaba antes; pero la direccion táctica de los tiros, (la observacion de la marcha del combate, la designacion de los blancos, la especie de proyectiles que deban emplearse, la vigilancia de la regulacion de las punterías, etc.), y la direccion de las baterías deben confiarse á los comandantes de grupos, ó en casos dados á los generales, comandantes de artillería; ese es el único medio de asegurar á éstos la influencia tan importante que les corresponde, y que sin embargo les falta hasta el dia, sobre la marcha general de la accion; ese es el único modo de poder dar con rapidez y seguridad golpes decisivos.

Por lo demas, debemos ejercitarnos en tiempo de paz, en todo aquello que tendremos que hacer en tiempo de guerra. No hay que hacerse ilusiones, todo aquello que no hayamos aprendido en tiempo de paz, mal podremos ejecutarlo en campaña. Propongámonos como mira de todos nuestros ejercicios de paz, asimilarlos la mayor habilidad y la más perfecta seguridad en el manejo de las formaciones de que tendremos necesidad en tiempo de guerra, y no usemos mas que esta clase de formaciones en nuestras maniobras.

Las columnas profundas son las que están más expuestas al fuego del enemigo; su despliegue en línea, trae consigo muchísima pérdida de tiempo; por esto es indispensable no hacer uso mas que de las columnas de batería para cambiar de posicion bajo el fuego del adversario. Muchos comandantes de batería encontrarán más cómodo para sus caballos, seguir los caminos trillados que atravesar por los campos, generalmente de un terreno más blando, en columnas de batería; pero precisamente bajo el fuego del enemigo es cuando esta formacion adquiere toda su importancia. Por lo que á nosotros toca, podemos decir que jamas hemos vacilado en hacer uso de esta

manera de cambiar de lugar, aún en los terrenos más difíciles, y siempre hemos visto que se adaptaba perfectamente á todas las maniobras. Hay preocupaciones contra esta formacion; procuremos vencerlas, y ya veremos que su utilidad irá creciendo más y más cada dia. Debemos hacer notar, entre otras cosas, que la capacidad para maniobrar ha tomado considerables creces en la artillería, y que por medio de esta formacion se evita, mucho mejor que con cualquiera otra, entrar en línea demasiado tarde: en efecto, para formarse en columnas de batería y para operar su despliegue, es preciso gastar mucho ménos tiempo que para salir de una larga columna por piezas que marche por un camino trillado. Y si este inconveniente ya se hace sentir en tiempo de paz, ¿qué no será en tiempo de guerra, cuando la columna por piezas es mucho más profunda, y cuando su empleo imprime pesadez á todos los movimientos de la artillería?

Así es, que *se hará uso de las columnas de batería, siempre que el terreno lo permita, dirigiendo á sus baterías el comandante de un grupo divisionario y dando sus órdenes con toques de corneta, ó de viva voz, hasta donde fuere posible.* (1)

En un grupo de artillería, hábilmente dirigido, es preciso, sin embargo, que el comandante pueda disponer de sus baterías, aún llegado el momento en que ya no pueda dirigir las por toques de corneta ó de viva voz. El único medio de lograrlo es instruir al grupo, con orden y método, en tiempo de paz. Los comandantes de batería deben habituarse á comprender, con rapidez, todas las señales que pueda hacerles el jefe de grupo; deben enseñar á los reclutas la ejecución de los movimientos prescritos, observando los de las baterías vecinas, ó escuchando las voces de mando que en ellas se dan, etc., cuando la distancia á que se encuentren del comandante de grupo

[1] En las maniobras de tiempo de paz el comandante del grupo divisionario deberá, además, tener en cuenta que las diversas fases de los combates pasan con mucha más rapidez que cuando son verdaderos. Si atendiendo á este detalle y observando con atención todas las disposiciones tomadas por las otras armas (cuya táctica debe conocer), se aprovecha de sus observaciones, siempre podrá encontrarse en posición precisamente en el momento necesario, sin agotar las fuerzas de sus caballos, como sucede cuando se comienzan esos movimientos demasiado temprano.—N. del autor.

ó el ruido de las piezas, les impida oír los toques ó las voces de mando.

Todavía hay artilleros que no quieren admitir que las baterías de un mismo grupo deben ser llevadas á posición *todas al mismo tiempo*: prefieren atenerse á los principios de otros tiempos, y encuentran mejor llevar el grupo al fuego por medio de baterías sucesivas. Ciertamente que esta manera de obrar es más cómoda para el comandante del grupo; exige ménos habilidad en la dirección de este último; pero bajo el punto de vista táctico, dista mucho de alcanzar el fin que es de desearse. Lo que parece hablar en favor de la entrada en posición por batería aislada, es que cada batería puede sacar mejor partido de la configuración del terreno, pudiendo encontrar localidades más ventajosas para sus piezas.

Es cierto que hay que procurar abrigar ó cubrir las piezas cuando las baterías llegan simultáneamente á tomar posición; pero es preciso evitar el ir demasiado lejos al andar buscando esos abrigos. En tales condiciones, trátase mucho ménos de ponerse á cubierto contra los tiros directos del enemigo, que lo que se hace de costumbre. En cuanto á nosotros, creemos que vale más sacar partido de las sinuosidades naturales del terreno, que no dejan de abundar, para burlar al enemigo sobre el verdadero sitio que han ocupado las piezas. En efecto, si se escoge la posición de una manera tal que no pueda distinguir el adversario si los proyectiles que caen más allá del obstáculo que oculta, son ó no de corto alcance con respecto al blanco, al que están destinados, se ve obligado á apreciar como no muy cortos, todos los tiros que caen más allá de la masa encubridora. Por este medio quedan mejor protegidas las piezas en sus sitios que tratando de cubrirlas contra los disparos directos, porque se pone al adversario en la imposibilidad de juzgar, por una simple observación, á qué distancia se encuentran las piezas más allá del obstáculo que las cubre á su vista. No creemos necesario añadir, que en tal caso, siempre será ventajoso, mantenerse, por lo ménos, á cien metros de la masa encubridora.

Admitimos, pues, según eso, que existen ciertas ventajas en que cada pieza, aisladamente, procure sacar el mejor partido posible de la disposición del terreno; pero debemos hacer observar que esto no

puede hacerse sino dentro de justos límites. El comandante del grupo examina, en su conjunto, la posición que ha de ocuparse; no debe perderse en los detalles; los comandantes de batería deben utilizar, lo mejor que les sea posible, la configuración del terreno en la posición indicada. A los jefes de secciones y de piezas toca instalarse en las localidades más favorables, de la manera más cómoda que puedan. Buscando demasiado y hasta con minuciosidad la manera de utilizar la configuración del terreno, corre uno riesgo, queriendo buscar algo mejor, de no ver algún sitio favorable que se presente á la mano.

Si admitimos que en ciertas circunstancias particulares y todas de detalle, pueda uno ingeniarse para encontrar localidades perfectamente abrigadas para cada pieza, nos parece que será menester poner menos cuidado cuando se trate de establecer artillería en gran cantidad, esto es, cuando haya que constituir masas de artillería. En este caso, ya no debe darse al terreno tan grande importancia, como en las circunstancias especiales que dejamos apuntadas más arriba; y aún aconsejamos á los artilleros, que no den una importancia demasiado grande á la disposición del terreno. En efecto, es verdad que cuando se establezcan grandes masas de artillería se encontrarán, aquí y allí, terrenos poco favorables para tal ó cual batería. Naturalmente, sería un error despreciar una posición que pareciera favorable para la artillería, bajo el punto de vista táctico, por la sola razón de que habría que considerarlo como lugar defectuoso para las piezas. Otras consideraciones son las que deben prevalecer aquí: el lugar más favorable para la artillería, depende del empleo que se quiera hacer de las otras armas; la influencia de la disposición del terreno no debe entrar sino en segundo término. La infantería y la caballería se ven obligadas, á menudo, á sacar partido de un terreno poco favorable; la artillería deberá, pues, á veces, contentarse también con una posición menos buena para sus fuegos; deberá instalarse allí lo mejor que le sea posible. Además, como la posición que debe ocuparse es designada de una manera general por el comandante en jefe, el de artillería no tendrá que examinar la localidad, sino bajo el punto de vista de la disposición más ventajosa que haya de darse á las baterías; así es que esa escrupulosidad en buscar posiciones para la artillería, á la que antiguamente se daba una importancia

capital, queda reducida para el porvenir á sus justas proporciones. Creemos que sería de desear, que todas las baterías de un mismo grupo, fuesen puestas en posición, hasta donde fuera posible, al mismo tiempo, á fin de poder obtener de un golpe la superioridad táctica. En cuanto á las dificultades aparentes que surgen en la regulación del tiro, preciso será vencerlas, y lo lograremos, ciertamente, si no atendemos primeramente mas que á las exigencias tácticas de la llegada simultánea de todas las piezas á la posición, y si nos dedicamos seriamente á vencer las dificultades técnicas que de ella provienen. Por el contrario, si nos dejamos guiar por las razones técnicas al entrar en batería, tendremos que renunciar, de antemano, á obtener nunca la superioridad táctica que precisamente deberíamos procurar asegurar sobre todo. Artilleros hay que llegan hasta á pretender que, como regla general, no debe lanzarse, al principio, más que una sola batería, probablemente como medio para sondear al enemigo; también quieren encargarla del arreglo del tiro. Esto podrá parecer muy seductor á las gentes que examinen la cuestión de una manera enteramente superficial; pero bajo el formal punto de vista táctico, hacer semejante cosa sería cometer un gran disparate, que llenaría de contento á un enemigo experimentado. Porque es cierto que este último no se dejaría engañar, sobre todo, si ha asistido ya ántes á un experimento semejante: no se dejará llevar hasta agobiar, bajo un fuego destructor, á aquella única batería que se presenta nada más que para arreglar el tiro, ni puede llegar á creer que falte alguien para ir á avisar á las demás baterías que vienen detras, los resultados de la regulación del tiro; (esto, en caso de que se haya podido efectuar completamente). No, ese adversario dedicará toda su atención á observar si las demás baterías van á colocarse cerca de la que entró en acción. Al ver á aquella batería que viene, por decirlo así, á pulsarlo, queda advertido que otras baterías vendrán detras; y si realmente llegan, aquel adversario que habrá podido arreglar su tiro perfectamente, tendrá las mayores ventajas: podrá concentrar sus fuegos sobre aquellas baterías á medida que vayan apareciendo, y, principalmente, en el momento en que entren en acción.

De muy distinta manera pasan las cosas cuando las baterías lle-

gan á tomar posición simultáneamente. En primer lugar, eso obliga al enemigo á diseminar su fuego; por consiguiente, las pérdidas se repartirán entre un mayor número de piezas: en segundo lugar, eso causa al adversario pérdidas mayores en un tiempo más corto, lo cual nos asegura desde el principio, una superioridad táctica real, sobre las baterías contrarias.

Sin embargo, con el objeto de alejar toda interpretación errónea, agregaremos; que no es preciso deducir de lo que precede, que deba renunciarse siempre á sacar partido de la configuración del terreno, cuando las baterías entren simultáneamente en posición. Léjos estamos de pretender que deban entrar en acción como si estuvieran haciendo ejercicio en una llanura: por último, la manera juiciosa de proceder sería el verdadero justo medio entre ambos extremos.

Si el comandante de grupo no se pierde en estos detalles, si se habitúa á ver en globo, le bastarán unos cuantos minutos para hacerse cargo de la disposición más favorable que convenga dar á las baterías, en la localidad que le haya sido indicada de una manera sumaria. Toca á los comandantes de batería, á los jefes de secciones y á los de piezas, utilizar de la manera más juiciosa, la configuración del terreno en todos sus detalles, instalándose de la manera más cómoda posible en la posición que se les haya designado. Cuando el comandante de una artillería da la orden para hacer alto, y cuando indica de una manera general, el sitio en que el grupo debe entrar en acción, no es necesario que cada batería alinee exactamente sus piezas con las de la batería vecina; por el contrario, deberá procurar sacar partido de las ventajas que presente la configuración del terreno en todos los alrededores más cercanos. Sería una grave falta no querer utilizar un sitio favorable que se presentara algunos metros adelante ó atrás de la posición. Sólo que, es preciso no ir demasiado léjos en este sentido; por lo mismo, nunca se situará una batería demasiado avanzada, que llegue á estorbar á las baterías vecinas en su tiro. Como conclusión de las observaciones que preceden sobre la influencia de la disposición del terreno, creemos deber insistir un poco más todavía sobre los motivos que nos han inducido á no acordar una importancia demasiado grande, en estos estudios, á la configuración del terreno.

Hemos llegado á reproducir la imagen normal de los combates, tal como nos la figurábamos por el estudio que hicimos de los hechos de armas; no porque háyamos encontrado en ningún ejemplo de guerra, una imagen semejante á la que presentamos. Por el contrario, cada ejemplo se va apartando, como es natural, en uno ú otro sentido; así es que la influencia de la configuración del terreno se hace sentir ya de una manera variadísima. Sin embargo, por lo general, los rasgos principales se reconocen de una manera exacta: esos rasgos característicos, son los que hemos procurado reunir en nuestras formaciones típicas. No podemos decir todavía que esas imágenes hayan tomado sus formas definitivas, ni que sean modelos de ese género. Principalmente debemos declarar que no hemos tenido la pretensión de querer, ni de poder dar modelos para *todos* los casos: ya hemos dicho, en la introducción de estos estudios, que las imágenes normales que nos proponíamos presentar á los lectores, eran únicamente con el objeto de inducirlos á meditar de nuevo sobre la táctica de nuestra arma. Por lo mismo, muy léjos estamos de negar la grandísima y á menudo decisiva influencia que sobre todas las condiciones del combate, ejerce la disposición del terreno; pero al dar á éste un lugar en nuestras consideraciones, nada habríamos ganado en claridad; por el contrario, grande habría sido el embrollo que hubiera resultado, sin contar con que la influencia de la configuración del terreno es mina inagotable, y que en cada caso dado, nos encontramos con algo que en nada se parece al anterior.

Incontestable es que en un caso especial, la configuración del terreno ó cualquiera otra circunstancia, nos obligará de la manera más imperiosa á apartarnos de los tipos de formaciones, porque las condiciones normales jamás se encuentran en combate alguno. Pero procurando acercarse á la formación tipo, si no se logra impedir por completo que se tomen disposiciones tácticas viciosas, si se disminuyen, cuando ménos, las probabilidades de que se adopten. La historia de la guerra demuestra en cada página, que á menudo se ve uno obligado á apartarse de las formas normales; pero también nos hace ver, de cuando en cuando, y de una manera muy evidente, que las condiciones del combate se habrían presentado de una manera mucho más favorable, si el general en jefe hubiera procurado acer-

carce, lo más posible, á algun tipo de formacion de aquella especie. Las disposiciones que hemos dado en estos estudios, no tienen otra mira: es menester que se sometan á ojos inteligentes; y para ponerlas en práctica convendrá modificarlas y aún trasformarlas segun lo exigen casos dados. Es este un estudio nuevo que hay que hacer y al que debe uno habituarse igualmente. Procuremos, no obstante, poner en uso, cuando ménos, los tipos que dejamos indicados, y aún en nuestros ejercicios de tiempo de paz, nos convenceremos de que han nacido viables y que son susceptibles de llegar á adquirir una forma práctica. Las formaciones no deben permanecer indefinidamente sujetas á un cartabon é invariables; es preciso, por el contrario, amoldarlas y adaptarlas á la configuracion del terreno. Pero, si en una accion cualquiera no existe tipo de formacion que se desarrolle á nuestra vista, si el general en jefe quiere hacerlo todo por sí mismo y se abandona por completo á sus inspiraciones del momento, ya no habrá una direccion real, el lazo que debe unir y cimentar en cierto modo á las diferentes armas entre sí, con un fin comun, se pierde y desaparece.

SECCION SEGUNDA.

FORMACIONES TÁCTICAS.

El reglamento, en su cuarta parte, que trata del combate de la artillería, se explica de una manera clara y sin que sea posible darle una falsa interpretacion, respecto del empleo de las formaciones tácticas; sin embargo, á cada instante encontramos en él ciertas ideas que nos prueban, que aún no estamos familiarizados con el uso

de esas disposiciones de tropa. Por eso creemos deber insistir todavía, sobre esos principios esenciales de nuestro reglamento.

Los agrupamientos tácticos deben ser siempre sostenidos; no se les puede abandonar sino cuando lo exijan imperiosamente, el blanco sobre el que se dispara ó la configuracion del terreno. El reglamento fija como regla, que es preciso emplear siempre á las baterías reunidas en grupos divisionarios ó en regimiento; la entrada en accion por baterías aisladas, es la única excepcion de esta regla (§ 195). Es, pues, preciso, considerar al grupo como la unidad táctica, como algo que no puede ser dividido sin una necesidad; por lo demás, esto es lo que hemos demostrado en la primera parte de estos estudios. Será, pues, preciso dar mayor importancia que la que hasta hoy se ha dado, al hecho de mantener siempre las baterías reunidas en un mismo grupo; por lo contrario, no podrá admitirse que las baterías entren en accion aisladamente, á no ser con raras excepciones: se recurrirá á este medio, únicamente cuando no se pueda obrar de otro modo, es decir, en casos verdaderamente excepcionales. Por último, en cuanto á poner en línea un número todavía menor de piezas, una seccion aislada, por ejemplo, (uso tan comun antiguamente, pero del que ya ni siquiera habla hoy el reglamento), es preciso proscribirlo de la manera más absoluta, á no ser en casos en extremo raros.

Dice, además, el reglamento, un poco más adelante (§ 199), que la marcha debe hacerse de ordinario por los caminos y en columna, por piezas ó por secciones, y en terreno libre, con intervalos abiertos. Previene también, que será igualmente ventajoso atravesar los campos en columna, por piezas, cuando el terreno sea demasiado blando; (es lo cierto que en ese caso no podría emplearse ninguna otra formacion). La regla para marchar por terreno libre es, pues, formar el grupo en columnas de batería; esta formacion está considerada con mucha justicia, como la que presenta la mayor facilidad para manejarse; una batería aislada se formará en un caso análogo en columna por secciones. Se recurrirá á la columna por secciones de cortos intervalos, para ejecutar los movimientos de flanco, porque en la direccion del tiro del enemigo, presenta menor profundidad que la columna por secciones de intervalos normales. Los des-